

INTRODUCCIÓN

El mundo lleva décadas sintiendo, sobre sí, la amenaza de un terrible cataclismo. Este sentimiento opresivo se tornó más acuciante tras la salida de la mayor catástrofe de la historia de la Humanidad: las dos guerras mundiales. Desde la proliferación de las armas atómicas, siempre ha existido la sombra de una amenaza; si hemos estado al borde del abismo, la mayoría de los mortales no lo sabremos a ciencia cierta; ni tenemos si quiera las herramientas necesarias para saber con todo rigor, cómo y cuándo pueden producirse nuevas catástrofes, caso de producirse. Lo que sí es cierto es que ha crecido una conciencia mundial sobre los riesgos que la acción del hombre está produciendo sobre el planeta, ya que, caso de cumplirse los peores vaticinios, los daños de una devastación no solo serán irreversibles, sino que destruirán la vida humana tal y como la conocemos.

La inquietud, el miedo, la angustia ante un futuro sombrío ha acompañado siempre a los hombres. Muchas de las visiones más antiguas proceden de las visiones religiosas: la tierra y el cielo pasarán, y darán lugar a una nueva tierra y un cielo nuevo, pero dicho paso vendrá mediado por una sacudida tremenda, de proporciones cósmicas, como las relatadas en el capítulo 24 del Evangelio de san Mateo. La filosofía medieval también lidió con el fin del mundo y con las diversas épocas de la historia de la humanidad, en el campo más específico de la teología de la historia; destacaron en aquellas disputas los franciscanos Joaquín de Fiore y San Buenaventura, sobre cómo sería la última etapa de la humanidad, y si vendría esta precedida del apocalipsis, y si de este apocalipsis sólo pudiera esperarse

ya la llegada del fin del mundo. Las visiones del siglo XIX y XX sobre futuros desesperanzadores han gozado, como vemos, de ilustres precedentes. Pero solo en estos siglos ha surgido una literatura específica que ha permeado el resto de las artes, como no podía ser de otra manera: cine, cómic, videojuegos, etc.

En el Club Chesterton, de la Universidad CEU San Pablo, hemos querido hacernos eco de la riqueza de estas visiones. Nos guiaba la admiración por los relatos más conocidos y más clásicos: *1984*, *Un mundo feliz*, *Fahrenheit 451*... a la vez que entendíamos que existía una línea de continuidad que llega a una rica literatura juvenil que, al margen de lo que se piense de su contrastado valor comercial, encierra valores literarios y, sobre todo, sociales, por cuanto atrapan la imaginación juvenil y le abren a problemáticas de alcance mundial.

En febrero de 2018 celebramos un Congreso sobre Narrativas Distópicas, y contamos con un excelente programa de ponentes y comunicantes cuyas investigaciones presentamos ahora, sobre obras muy diversas y de muy variadas manifestaciones artísticas. Sí podemos decir que, tras mucho trabajo por parte de sus autores y de nosotros, no tenemos soluciones ni recetas, ni fórmulas mágicas, ni tampoco las tienen los editores ni los autores. Son muy diferentes los enfoques de los capítulos que a continuación se presentan; las antropologías desde las que se abordan los problemas, y los acentos en cuanto a las raíces de la problemática o al carácter de las amenazas que acechan a la humanidad: climáticas, políticas, económicas, laborales... ¿Derivan estas amenazas de la estructura del sistema de producción, de la lógica del comercio y de la competitividad internacional? ¿Está, en el origen de las sombras, una crisis de valores? ¿Debemos vigilar y estar alerta frente al crecimiento del poder de los estados, o debemos fortalecer más a éstos contra la sociedad para evitar, por la vía de la acción concertada internacional, el desastre?

La amenaza del desastre ecológico puede llevar incluso a la paradójica adopción de medidas propias de una distopía política, lo que encierra el grave riesgo del fin de la democracia. ¿Quiénes elegirán las medidas por tomar? ¿Y si el pueblo se equivoca? ¿Alguien puede

afirmar a fecha de hoy –y hacerse creíble de actuar con la mayor pureza de intenciones– que posee la más exacta información de la situación global, que conoce los medios conducentes y mide la fuerza para aplicarlos? ¿Existe tal bondad?

Repetimos que no tenemos soluciones definitivas, pero sí muchas reflexiones interesantes y necesarias. Gregory Claeys, el mayor experto en literatura distópica y en su relación con el pensamiento político, comienza su estudio exponiendo cómo las primeras distopías surgen como parodias del utopianismo del siglo XVIII, para reivindicar posteriormente la posibilidad de que la utopía y la distopía puedan servir, sin contraponerse, como toma de conciencia sobre la magnitud de las amenazas que se ciernen sobre todos nosotros; y da testimonio del recorrido que ha tenido el desastre climático como motivo literario en el último siglo. Por último, alza su vehemente voz para no demorar más la adopción y ejecución de las decisiones necesarias para detener el deterioro del planeta.

A su vez, Ignacio Armada pone el acento en los vínculos entre distopía y ciencia-ficción. En la primera parte de su trabajo, tras aventurarse en esclarecer el concepto de utopía y hacer un recorrido selectivo desde su comparecencia en la literatura de la Edad Moderna, pone énfasis en aquellas revestidas de especulación científica y en los ejercicios ensayísticos de sociología premonitoria y retrohistorista, remarcando la importancia de la integración del pensamiento científico en la sociedad contemporánea y de la cuestión de su incardinación en la estilística literaria. A continuación, aproxima distopía y género de ciencia-ficción, recalcando los hitos desde la Rusia y la Inglaterra decimonónicas (utopías sociales, Verne y Wells, novelas catastrofistas, etapa clásica, «Nueva Ola»), pasando por la certeza de una civilización futura basada en la psicología y la tecnología, mediante el repaso de autores (Zamiatin, Huxley, Pohl, Dick y Lem) y sus obras (*Nosotros, Mono y esencia, Mercaderes del espacio, El hombre en el castillo y Congreso de futurología*), para concluir con un pergeño del progreso de las distopías en función de la pérdida gradual de atributos del ser humano.

Si bien parece, en atención a las investigaciones de Gregory Claeys, que hay un inicio en la distopía como sátira de las visiones utópicas del siglo de las Luces, el profesor Hipólito Sanchiz plantea una lectura diferente. ¿Puede considerarse el texto «La epopeya de Erra» la primera distopía de la humanidad? Se trata de un texto propio de la mitología mesopotámica, escrito entre el siglo VIII y VII a. C. en el que uno de los dioses siembra la destrucción hasta que es aplacado por una divinidad menor, que logra evitar el colapso total salvando, al menos, unos restos de la civilización. El texto comparte rasgos propios de una distopía moderna, y alguna pequeña diferencia.

La novela *1984* es quizá, para el gran público, junto con *Un mundo feliz*, la gran obra de referencia cuando se habla de distopías clásicas. La novela se ha demostrado enormemente fecunda y proteica, pues la complejidad y riqueza de sus planteamientos no deja de ofrecernos valiosísimos elementos para el análisis de nuestra sociedad. Álvaro Abellán elige un tema que, aparentemente secundario en la obra, pues resultar el gran tema de la misma: la familia. La existencia del Estado opresor es la otra cara de la moneda del éxito con que se han destruido todos los lazos y los vínculos familiares, de modo que la persona ha quedado desprovista de las relaciones que le constituyen como tal. La familia, lejos de ser una institución meramente privada, es una institución social de primer orden, muchas de cuyas vertientes son, irremunciablemente, políticas. Precisamente, por su agudo sentido sobre las posibilidades opresivas de un Estado, Orwell vertebró el personaje de Winston Smith alrededor de los vínculos familiares, considerados enemigos para destruir por el poder tiránico.

Anterior en el tiempo a Orwell, pero bien conocido también como uno de los autores de ciencia ficción más importantes, H. G. Wells y sus escritos tienen gran valor como anticipación y profecía, especialmente al incorporar el papel ambivalente que la ciencia y la tecnología –depositarias ambas durante el siglo XIX de una fe ciega por parte del pensamiento dominante– jugarían en el futuro desarrollo de la sociedad y en la transformación de la vida diaria de la práctica totalidad de la población. La posibilidad de desastres naturales ocasionados por el uso irresponsable y ciego de las enormes posibilidades del desarrollo

tecnológico, tal y como lo veía Wells, es analizado por César Santos Blázquez, que busca su influencia en el movimiento *prepper*, un conjunto de personas que desde los años 50 vienen preparándose para la contingencia de una catástrofe, y en cuya formación se detecta una amalgama de ideas procedentes de ámbitos religiosos y científicos.

Mariano Urraco es, quizá, el mejor conocedor en España del universo de la ficción distópica, en sus muy diversas manifestaciones. Su empuje ha logrado la realización de cinco congresos sobre narrativas distópicas en las que un grupo nutrido de jóvenes investigadores viene realizando un interesante recorrido sobre el poliédrico fenómeno. Gran parte de los trabajos aquí publicados procede del camino abierto por Mariano y otros investigadores. En su trabajo analiza las particularidades de una obra distópica actual, la trilogía *Metro 2033*, que presenta la originalidad de su carácter abierto; el recibimiento por el público de la novela generó en el autor la visión de hacer partícipes a sus lectores de la continuación y expansión de la obra, lo que ha provocado un auténtico universo creativo de la distopía, una extensión que va mucho más allá del mero comentario en foros y círculos de lectura.

Anna Mae Duane explora el papel que la infancia necesitada, el niño hambriento o sufriente juega en las distopías, analizando dos obras recientes: *Los juegos del hambre* y *La chica con todos los dones*. Porque en la vida real, la exposición de los niños juega un papel ambivalente, una atracción que genera riesgos de los que muchas veces no somos conscientes. En la distopía, la debilidad forma parte de la negociación de un mundo donde hasta el hambre y la escasez son un reclamo para el consumo, un activo en los brutales juegos del hambre. Y ello en relación a un futuro en el que la tecnología puede superar las limitaciones del cuerpo y mejorarlo, con nuevas adiciones tecnológicas que lo hagan rejuvenecer hasta que pierda la identidad de cuerpo. ¿Dejará atrás el cuerpo lo posthumano?

La obra *The Giver*, de Lois Lowry, es analizada por Monique Villen desde el punto de vista de la teoría de los mundos posibles de Marie-Laure Ryan, explicando qué elementos de la obra se corresponden con el mundo real en que vivimos autora y lectores, y qué elementos

de este mundo real se han perdido o pierden su relevancia semántica o su existencia en el mundo futuro creado por la escritora. Enlazando con el pasado, el estudio que Alfonso Díaz realiza de la obra *Señor del mundo*, de Robert Hugh Benson, revela la sutil concepción de su autor -sacerdote converso al catolicismo- cuando centró la crítica de su relato distópico en el peligro de la corrupción espiritual del ser humano, más que en los riesgos de la propia tecnología.

Mónica del Álamo examina cuatro obras distópicas, descubriendo en ellas los avisos de alarma de sus autores y las profecías cumplidas. Especialmente inquietante es la constatación de que algunas de las prácticas como la manipulación genética, presentadas como algo inhumano en *Un mundo feliz* de Huxley, gozan de una más que destacada aceptación social, en nombre de un buenismo y un emotivismo moral bien asentados en nuestras sociedades, y acompañados por la elevación del deseo a categoría política operativa. En esta línea, pero utilizando en su análisis conceptos aristotélicos, Guadalupe Belmonte rastrea los aspectos de los gobiernos tiránicos de las principales obras distópicas del siglo xx, así como los vincula a diversas series televisivas, abriendo en este volumen el análisis del terreno audiovisual, especialmente rico en los últimos tiempos en los planteamientos que nos ocupan. Por su parte, Ruth M^a de Jesús, analiza la distopía del premio Nobel Kazuo Ishiguro, *Never Let Me Go*, para analizar el valor pedagógico de este género, y en qué medida la lectura de una ficción posible y no deseada puede provocar en el lector una reacción ante ella.

El análisis antropológico de las distopías tiene una especial atención a las resistencias que se muestran a esos «Estados opresores» en los capítulos de Pablo H. Velasco y Rocío Solís. El primero de ellos, parte de la descripción del momento que provoca esa resistencia en *Los juegos del hambre*, del fermento singular que provoca tal creatividad en una minoría y fecundidad más allá de ellos mismos, lo que hace surgir algo tan novedoso y con un influjo tan decisivo en otras personas en un clima asfixiante. Un momento que se puede definir hoy con la categoría de patrimonio cultural inmaterial. Por su parte,

Rocío Solís, analiza la hipótesis de José Jiménez Lozano descrita en su novela *Las señoras* donde la conciencia y el esquema de sacrificio, lleno de sentido que trasciende a las personas que lo viven, significa el grado más elocuente de resistencia.

La extraordinaria vitalidad de la distopía se manifiesta también en el exitoso desembarco del género en las series televisivas, formato que ha conocido una expansión asombrosa en los últimos años con la proliferación de plataformas de pago, con oferta diversificada y muy especializada. Muchas de las adaptaciones de los principales relatos distópicos a las series de televisión se han realizado con una profundidad y riqueza verdaderamente notable, como explica Francisco J. Martínez Mesa en su trabajo sobre la distopía en la ficción de la pequeña pantalla.

Extendiendo el arco del audiovisual hasta sus, por ahora, últimas posibilidades industriales, Juan Serrano Vicente salta desde los videojuegos hasta una metafísica de la libertad. Los escenarios postapocalípticos tienen en común la pérdida del hogar; el mundo se vuelve hostil, no solo por la desaparición de un espacio físico donde la vida pueda desenvolverse con unas condiciones de mínima dignidad, sino porque esa pérdida se produce también cuando las relaciones humanas, familiares, sociales, culturales y políticas se rompen. A través de un discurso que nuestra sociedad necesita hoy más que nunca, nos ofrece una idea vanguardista y a contracorriente: no hay libertad en la total autonomía; la libertad es precisamente la riqueza de unos vínculos y unas dependencias mutuas que desarrollan a la persona y la protegen. Por eso, es una de las trazas de los estados totalitarios la intención de eliminar los lazos familiares, porque suprimiéndolos, el Estado se enfrenta a individuos aislados, fácilmente controlables.

La metafísica también está presente en la distopía japonesa, como señala Jaime Romero en su trabajo sobre la estética *ciberpunk* en el cómic y la animación japonesa (*manga* y *anime*). En suelo japonés se ha desarrollado una literatura, un cómic y un audiovisual de animación que ha tomado materiales literarios occidentales, pero los ha hecho crecer en el interior de su tradición (generando, a su

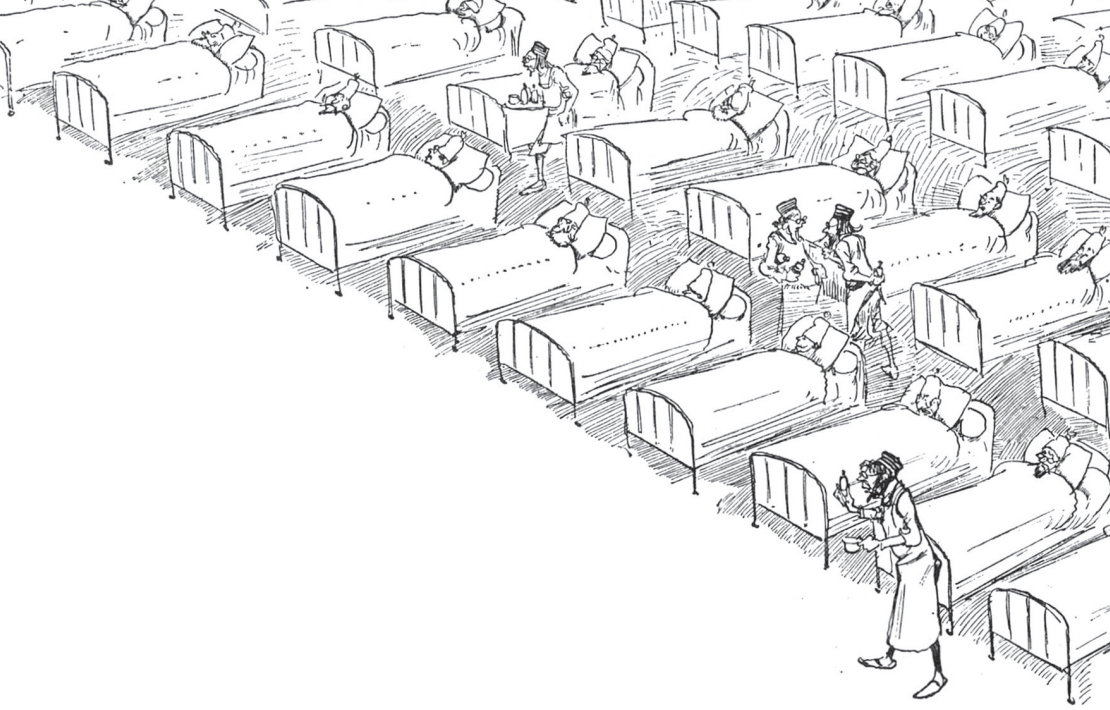
vez, un enorme interés en Occidente por este tipo de creación), y donde puede rastrearse por tanto un fértil campo de influencias mutuas. En la distopía japonesa, los opresivos paisajes urbanos tienen su correlato en los paisajes interiores de sus protagonistas. En este mundo interior, angustiosamente correspondido, conviven elementos trágicos (no ser dueño del propio destino), tecnológicos (la forma humana superada por la cibernética) y religiosos, como el sentido de ser elegido o la búsqueda de la superación de un yo cibernético que se abandona, buscando la unidad, en la corriente infinita de un mar representado por las redes de comunicación.

El trabajo de Ana-Clara Rey Segovia sobre el subgénero de la ciencia-ficción climática, o *cli-fi*, se halla en estrecha continuidad con la concepción de Gregory Claeys; propone para este subgénero una entidad propia por el especial hincapié en la advertencia de rasgos característicos de otros tipos de distopía, concepción que hoy ya ha tomado forma, como dan fe de ello los colapsonautas (*collapsniks*). Las películas que indica Rey Segovia contienen elementos de tradiciones religiosas, pero desacralizados (el castigo, los enviados antes del Apocalipsis, las plagas, etc.); por último, postula que las producciones cinematográficas *mainstream* de este género tocan muy parcialmente la causa del desastre ecológico –que se cifra en la estructura capitalista y en la mentalidad consumista–, y se centran en soluciones de tipo individual y reaccionario.

Amparo Cano elige como tema de su aportación la representación de la discapacidad en el cine distópico, con un breve y clarificador esquema de cómo se ha visto a lo largo de su historia, y sintetizado en tres períodos. Dicha presencia, como lo es en la sociedad en que el audiovisual tiene lugar, alcanza también a las películas de género distópico. Y del mismo modo que la discapacidad o disfuncionalidad de una persona la obliga a adaptarse ante un contexto que normalmente no se le adapta, en el género distópico hay también una característica recurrente: la de la persona con discapacidad que tiene que aprovechar su diferencia, su disfuncionalidad, para convertirla en una ventaja, en un ambiente marcado por la lucha por la supervivencia.

Santiago López Rodríguez presenta un enfoque distinto, un trampolín hacia renovadoras perspectivas: ¿y si ya algunos viven en una distopía? Su trabajo justifica que determinadas visiones del mundo dominado por una minoría de poderosos conspiradores, es ya de por sí, para quien lo imagina, un mundo distópico, hostil, en que unos pocos mueven los hilos mientras la mayoría vive una realidad en la que en nada puede influir. Finalmente, Francisco Arellano nos exhorta, desde los parámetros de la ciencia-ficción y desde un concepto de la responsabilidad como ciudadanos y como seres humanos, a reivindicar la necesidad de soñar para construir algún día la utopía, acción que algunos consideran ya algo utópico en sí mismo.

Una veintena de textos y autores, procedentes del ámbito académico y creativo, de universidades y centros educativos nacionales y extranjeros, que coinciden en lo esencial, en la urgencia de la reflexión, y que saben marcar las múltiples y variadas diferencias del universo que nos rodea para diagnosticar sobre ellas, y al tiempo, sugerir remedios con los que actuar para enfrentarnos a los tiempos que sin duda vendrán, y que no tendrán necesariamente que ser más felices.



EL PROGRESO DE LA DISTOPÍA HOY

GREGORY CLAEYS

ROYAL HOLLOWAY, UNIVERSITY OF LONDON



1. INTRODUCCIÓN

De los muchos eventos que se celebraron con motivo de la conmemoración del 5º centenario de la publicación de *Utopía* de Tomás Moro, en 2016, uno de ellos, que tuvo lugar en Somerset House (Londres), fue presentado por Jeremy Reekie, que hizo el siguiente comentario: «el libro ofrece algo más que una mera visión de una utopía, pues es además, una invitación a soñar, a pensar, a imaginar un mundo mejor». «Continuamente estamos siendo bombardeados con noticias de hechos terribles que suceden en el mundo», añadió Reekie, «por lo que tener un momento para decir “no pensemos solo en el futuro como una distopía” es, ya de por sí, algo raro y motivador». Me gustaría concentrarme en la utilidad de la distopía como un medio para discernir y comprender los futuros reales que se abren ante nosotros, y por eso, vamos a examinar, en primer lugar, este sentimiento. Esta perspectiva considera a la utopía como un ideal de escapismo. Es como si estuviéramos en un tren de cercanías y deseáramos que nos llevara de vacaciones a un lugar tropical. Es una mera ilusión. Es la yuxtaposición de la conocida visión que insiste en que la utopía debe tratar sobre la «esperanza» frente al reconocimiento del temor de la gente ante un futuro irremediamente desolador y opresivamente aterrador. Se trata, en todos los sentidos, de un ejercicio de negación. Es cambiar la realidad por la fantasía, en vez de mejorar la realidad con una reconstrucción imaginaria de futuros posibles.